

Nº 1571 / AMÉ 83

30/4/1862 - P. 2

nos de importancia.

EL FERROCARRIL.

SANTIAGO, ABRIL 30 DE 1862.

Una reacción, bien digna de atención, se está operando en la opinión de los pueblos sud-americanos con respecto a los Estados Unidos. Las viejas antipatías se borran i dan paso a un vivo interés por el éxito de la buena causa. Los que hace poco saludaban con placer la ruina inminente de la Gran Confederación, elevan hoy sinceros votos porque renace el perdido equilibrio i el derecho se salve en esa tierra de libertad.

¿Qué ha provocado esta reacción? El conocimiento que la América del Sur ha adquirido de las tendencias del verdadero pueblo i la verdadera civilización de la América del Norte. Donde creía encontrar el antagonismo fatal de dos civilizaciones, vé hoy una estrecha similitud; pues ha alcanzado la convicción de que aquel pueblo i aquella civilización tienen la libertad por origen i la justicia por aspiración. La América del Sur, hasta hace poco, personificaba al pueblo norte-americano en el filibusterismo que venía a turbar su paz i a poner en peligro su independencia; pero hoy sabe que el elemento jenador del filibusterismo representa el mal en el juego de la vida norte-americana.

Esta convicción le permite apreciar los hechos en toda su verdad. Reconoce que dos elementos heterogéneos, que dos principios opuestos se disputan el predominio en el seno de la Confederación: el uno, personificado por los Estados del Norte, honrado, repetuoso de los derechos de los pueblos i interesado en el ensanche de las conquistas de la libertad; el otro, personificado por los Estados del Sur, antípatico, lleno de inmoral ambición, buscando su engrandecimiento en la absorción de los pueblos débiles i sin mas ideal que la creación de un grande Imperio, con Méjico i las Repúblicas centro-americanas, que le dé el dominio exclusivo de la América i coloque en sus manos el comercio del mundo.

Nada era más natural que, tras el conocimiento de estos hechos, las antipatías tuvieran un término. Perseverar en ellas habría sido absurdo. Del resultado final de la lucha trataba entre el Norte i el Sur pende tal vez el porvenir de los pueblos sud-americanos. Ello es bien claro, i en ello deben fijar su atención estas naciones.

La disolución de la unión norte-americana tendría dos inmediatas consecuencias, una de las cuales ya estamos palpando. Las ambiciones de la Europa sobre los débiles Estados de América no quedarían obstante. El Sur entregado a si mismo, continuaría en sus plenos filibusteros. Mientras tanto el continente del Norte i su respuesta por la autorización de estos nacionales.

llegó que no
naquibolista,
lio del an-
el como el
us puestor-
ento i S. S.
el tráfico, n
emos bien
ha resuelto
no solamente
i entre
naciones.

ordenable,
jui por un
iendo fu-
dispensa-
tan; pues
le los via-
empresas.
rocarril de
rio de esa
a quienes
que tenían
lornos af-
r, es pre-
ferir la vía
as ocurri-
tenido su
que tienen
que la li-

ayer sobre
> tenemos
residente
el ferrocarril
detalles
embargo
ad con las
las tres de
e de la li-
nos occu-

9 de 1862.

JS. que el
e llegó del
la mañana.
es detalles
ayer a los
a millas al-
rde, al lle-
se está en-
estumbrar-
repente, de
de pasar el
ible ni aun
na, la que
después de
plés sobre
muerte del
herero Juan
es José G.,
i ayudanté
golpe en el
otras des-
es se encas-

llee; que no
naquibolista,
lio del an-
el como el
us puestor-
ento i S. S.
el tráfico, n
emos bien
ha resuelto
no solamente
i entre
naciones.

AÑO VII.

cos, tendríamos por un lado a los filibusteros del Sur que buscan tierra para plantar algodón, i por otro a los filibusteros europeos que la buscan también para crear monarquías.

Ambos peligros, que no tienen nada de ilusiones, solo pueden ser conjurados por la victoria del Norte. Vencido el Sur, tendrá que someterse a la ley de tal, i sus tendencias absorbentes i sus ambiciones inmortales quedarán anuladas: los Estados Unidos, serán siempre la gran confederación que mantiene a la Europa en respeto, i que no dudará, después de la conducta observada por las grandes potencias, en prestar mano fuerte a los débiles Estados de la América latina.

Tal es el trascendental interés que para nosotros se encierra en la guerra civil de los Estados Unidos. Sin ella ninguno de los atentados perpetrados o en camino de consumarse por las grandes potencias europeas, habría tenido lugar. En paz la nación norte-americana, Santo Domingo no sería hoy una colonia de la España ni Méjico se vería amagado por una triple intervención.

Pero todo será reparado si vence el Norte. Aun cuando la monarquía mejicana llegue a establecerse antes que ese resultado se haya obtenido, ¿quién juzga posible que tenga un solo día de existencia reconstruida la Unión? Cómo sería posible el mantenimiento de una monarquía sin base segura, al lado de una república poderosa por su libertad i poderosa por la ayuda moral que a sus planes contra Méjico prestará toda la América del Sur? La posesión de los europeos sería insostenible en ese Estado.

Como se advierte, nuestro interés, las necesidades de nuestro pervenir están vinculadas en el triunfo del Norte. Pero para que ese triunfo traiga para estas sociedades todos los buenos efectos que de él se hallan en situación de esperar, es indispensable que sus pueblos i sus gobiernos se unan, para concurrir de común acuerdo a cultivar sus relaciones con el gobierno i el pueblo norte-americano. La Europa, en la que tan elegía confianza pusimos en otro tiempo, nos abandonó, como era natural sucediera. Entonces nada es más lógico que buscar el apoyo que necesitamos en una potencia, que, creyendo, como nosotros, en la libertad i la república, sabrá fortalecernos en nuestra creencia i darnos fidelidad para realizarla en espíritu i en verdad.